

o católicas, que hacen resaltar las peculiaridades propias de la sensibilidad teológica ortodoxa.

El autor muestra un buen conocimiento de los autores antiguos y modernos, y de la bibliografía actual (abundantemente expuesta) tanto de autores rusos como griegos. Mira con simpatía la teología ortodoxa, sin idealizarla, mostrando ocasionalmente sus límites. Con todo, procura exponer y dejar hablar a los propios autores sin excesivas intervenciones personales. Por este motivo, la obra tiene ante todo carácter informativo e introductorio, antes que ofrecer un «diálogo» crítico, que el lector deberá suplir con su propio conocimiento tanto de la teología católica como ortodoxa.

José R. Villar

Pedro ESCARTÍN, *¿Un laico como tú en una Iglesia como ésta!*, BAC, Madrid 1997, 184 pp., 11,5 x 19, ISBN 84-7914-282-0.

Quiere ser éste un «libro escrito en España, que ya es Europa, desde España y para el laicado cristiano de la Iglesia española» (p. 183). En la introducción se plantea su autor la necesidad de un debate sobre el «estado del laicado», movido por la idea de que los católicos españoles habrían fracasado ante los retos de la sociedad y la cultura.

En el primer capítulo («¿Qué hace hoy un laico como tú?», pp. 17 ss.) el autor expone la situación de los laicos en España, en perspectiva histórica y sociológico-eclesial. El capítulo segundo («Retrato-robot del laico cristiano», pp. 63 ss.) se ocupa de la teología del laicado hasta las importantes adquisiciones de la *Christifideles laici*. En el ter-

cer capítulo («En una Iglesia como ésta», pp. 105 ss.), trata de la corresponsabilidad en la evangelización. Critica la tendencia de algunos grupos a «evangelizar por libre», su invocación al apostolado individual y su resistencia a sancionar los «acentos pastorales» que señalaban los signos de los tiempos, calificándola de actitud sectaria, infantil o inmadura. El último capítulo propone que la «presencia de los cristianos en la vida pública» se manifieste sobre todo en asociaciones públicas que actuaran «en nombre de la Iglesia». Defendiendo la postura de la «mediación» frente a la de «presencia», intenta salvar la autonomía propia del orden temporal y de los laicos, procurando compaginar la doctrina social de la Iglesia con el pluralismo cultural.

Hay que aplaudir el esfuerzo del autor por diagnosticar la situación del cristianismo en nuestras tierras, amenazadas por un secularismo creciente. En ese sentido es importante, como señala el autor, evitar el «repliegue» del laicado hacia las tareas «intraeclesiales». Lleva razón al señalar la necesidad de la inculturación de la fe y denunciar el reducidísimo número de intelectuales cristianos.

Es una lástima que lo que podría ser un análisis teológico y pastoral ajustado y valiente, quede desmejorado por las críticas ante lo que no se ajusta, según su opinión, a los moldes «diocesanos». Se apoya para esto en una «suficiencia» de las instituciones diocesanas para alimentar la fe y compromiso eclesial de los fieles laicos frente a la actividad de movimientos e instituciones eclesiales. Muestra un raro desconocimiento en algunas páginas, concretamente, de la realidad pastoral de la Prelatura personal del Opus Dei y de su contribución a la vida de las Iglesias locales, y a la

promoción humana, social y cultural, en España y en el mundo.

De otra parte, cabe recordar que hay muchas *formas* de llevar a cabo la *misma* y única misión de la Iglesia, y de vivir los acentos pastorales que los signos de los tiempos anuncian. Entre ellas está el apostolado de los cristianos individualmente, como lo está un convento de contemplativas, o el trabajo esforzado de una madre de familia: ¿cómo «coordinar» todo esto? Lo que está en juego aquí es el concepto de misión y sobre todo las diversas formas en que todos en la Iglesia participan de esa misión.

En fin, es discutible identificar sin más la Iglesia local con las estructuras jurídicas de la diócesis. Ciertamente, las estructuras parroquiales o diocesanas son el lugar habitual del laico con vistas a su crecimiento en la fe, maduración apostólica, celebración de la liturgia, actividades de evangelización, etc. Pero el lugar del laico para ejercer su responsabilidad evangelizadora no son necesaria y únicamente las estructuras pastorales diocesanas tal como se las entiende en el libro, sino la *Iglesia local*, realidad más amplia y abarcante. Habitualmente los fieles cristianos procuran realizar su apostolado en los ambientes de la vida social ordinaria. Esto último es precisamente lo propio de los laicos, siendo ésta una tarea situada tan «intra Ecclesia (local)» como las tareas que han venido a llamarse «intraeclesiales». Por otra parte, en lo que respecta a los fieles del Opus Dei, su pertenencia a esta Prelatura personal es de hecho compatible con la participación en las estructuras diocesanas.

En definitiva, si los análisis que recoge de la situación española son sugerentes y la teología del laicado que maneja el autor es de buena factura, no podemos en cambio compartir su compren-

sión de la misión y las formas de participar en la misión.

Ramiro Pellitero

Carmine DI SANTE, *El Padre nuestro. La experiencia de Dios en la tradición judeo-cristiana*, Secretariado Trinitario, Salamanca 1998, 245 pp., ISBN 84-88643-39-X.

La finalidad de este ensayo, se nos dice en la Introducción, «es transcribir de nuevo, en el registro del lenguaje conceptual, la experiencia radical condensada en el símbolo del Padrenuestro, reconstruyendo el horizonte de sentido que en él se objetiva y se expresa inmediata y pre-temáticamente, para el orante y el creyente. Esta reconstrucción se hará en diálogo profundo con la tradición judía de la que depende sustancialmente la oración del Padrenuestro, tanto desde el punto de vista expresivo-literario como del teológico espiritual» (p. 8). Nada mejor para describir este libro que estas palabras iniciales, pues el autor presenta con ellas un programa que seguirá fielmente en cada una de sus páginas.

Es obvio que el Dios a quien Jesucristo llama su Padre es el Dios del Antiguo Testamento. Resulta también obvio que la forma en que Jesús lo invoca como Padre introduce una radical novedad en el Nuevo Testamento con respecto al Antiguo Testamento tanto en la concepción del misterio de la vida íntima de Dios como en la concepción de su relación con los hombres. En efecto, las palabras de Jesús llevan unida inseparablemente la enseñanza sobre el misterio trinitario, que es una cuestión en la que judíos y cristianos discrepan, como es lógico, a pesar de que ambos adoran al Dios de Abrahán, de Isaac y de